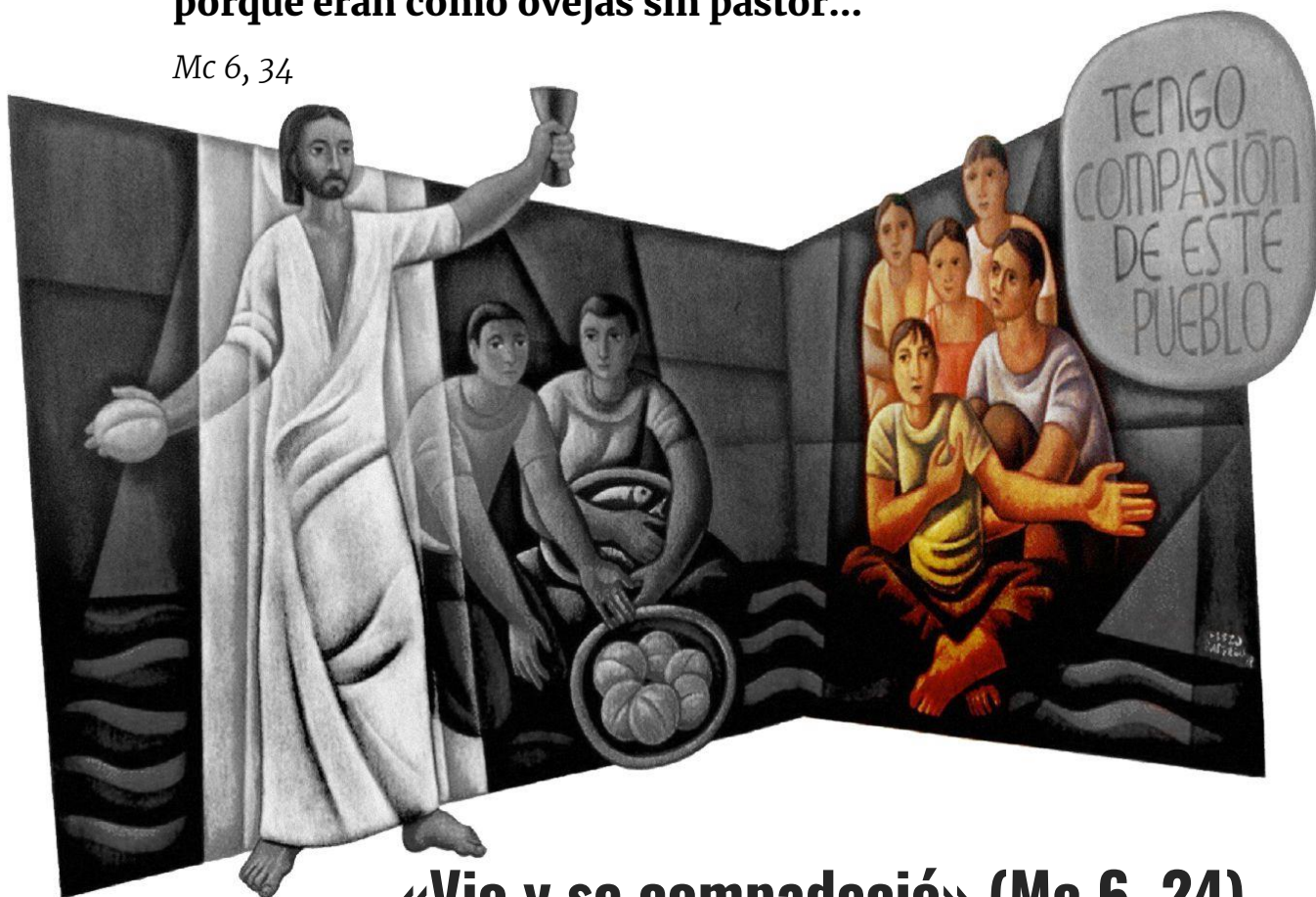


**Al desembarcar,
Jesús vio una gran muchedumbre
y se compadeció de ella,
porque eran como ovejas sin pastor...**

Mc 6, 34



**«Vio y se compadeció» (Mc 6, 24)
Nuestro pueblo hoy**

Cuaderno de trabajo 2



**ASAMBLEA ECLESIAL
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**



**Iglesia de Quilmes,
¡camina con la alegría
del Evangelio!**
3.º SÍNODO DE QUILMES

Contenido

Presentación	3
1. La desigualdad social y el anhelo de otro mundo posible	4
2. La violencia y la cultura de la paz	7
3. Los gritos de nuestra tierra y el cuidado de la casa común	11
Sugerencias para nuestros encuentros comunitarios	14

Presentación

Este **segundo cuaderno de trabajo** quiere profundizar el ícono bíblico elegido para esta etapa de nuestro camino sinodal: «Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor...» (Mc 6, 34). Para esto vamos a «recortar» esta imagen y pondremos una «lupa» contemplando a esa multitud que se reúne en torno a Jesús y al grupo de discípulos.

Sí, esa multitud del evangelio de Marcos nos ayuda a pensar en las multitudes de nuestros barrios, en **nuestro pueblo hoy**: sus esperanzas y alegrías, sus tristezas y angustias. Así nos proponía el Concilio Vaticano II y así rezamos en la oración de nuestro tercer Sínodo diocesano, buscando ofrecer «la alegría del Evangelio», como nos invita el Papa Francisco. Queremos animarnos a ver desde el corazón, a ver compasivamente, a **mirar con misericordia al modo de Jesús**.

Para esta mirada sobre la realidad de nuestro pueblo tomaremos tres núcleos temáticos, recogidos de la escucha de nuestras comunidades y sus asambleas, y de las descripciones del *Documento para el camino* de la próxima Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe.

Miraremos:

1. La desigualdad social y el anhelo de otro mundo posible.
2. La violencia y la cultura de la paz.
3. Los gritos de nuestra tierra y el cuidado de la casa común.

Les proponemos trabajar los contenidos de este cuaderno **a lo largo del mes de agosto**. Cada comunidad, de acuerdo con sus posibilidades, puede elegir trabajar con uno o más de los temas presentados. Para cada tema les ofrecemos algunos aportes a la reflexión y unas preguntas que pueden orientar el diálogo en común. Al final del cuaderno encontrarán también algunas sugerencias para los encuentros comunitarios (pág. 14).

La Comisión Sinodal espera sus **respuestas** a las preguntas señaladas en cada tema, la última de cada sección, hasta el 11 de septiembre. Pueden enviarlas a través del correo electrónico (tercersinodoquilmes@gmail.com) o usando [este formulario](#).

El próximo cuaderno de trabajo será presentado el sábado 4 de septiembre.

1. La desigualdad social y el anhelo de otro mundo posible

América Latina y el Caribe es una de las regiones más desiguales del mundo. No es ciertamente la más pobre, pero sí la más injusta por la concentración de la riqueza en pocas manos y la multitud de pobres que no pueden satisfacer sus necesidades básicas. El *Documento para el camino*, preparado para la próxima Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, sostiene:

Definitivamente, América Latina y el Caribe es la región con mayor inequidad. Es urgente diseñar nuevas propuestas económicas que tomen en cuenta a la persona como centro de su preocupación, basadas también en nuestra responsabilidad de cuidar la tierra y nuestra casa común en favor del pueblo, y no del lucro y la acumulación.¹

La pandemia nos dejó como al desnudo esta realidad que clama al cielo. Esta misma desigualdad la observamos en nuestro territorio diocesano:

- **Desigualdad en el acceso a la tierra y la vivienda.** Nuestra Diócesis, como gran parte de América Latina, registra un contraste doloroso: por un lado, barrios con todos los servicios públicos y sus necesidades básicas cubiertas (hasta los hay ostentando abundancia), y por otro, a veces al lado de los anteriores, asentamientos o barrios muy humildes, por dar un ejemplo. Numerosas familias no pueden acceder a un pedazo de tierra ni a un lugar donde habitar con acceso a los servicios básicos, a escuelas cercanas, a centros de salud, o al transporte público. El hacinamiento y la precariedad en las condiciones de vida son la realidad cotidiana para muchas familias.
- **Desigualdad en el acceso al trabajo.** Vemos multiplicarse hermanos y hermanas que revisan la basura o sencillamente viven de ella, porque han sido expulsados de toda posibilidad laboral. Los carros a tracción de sangre de animales o de seres humanos hacen elocuente esta situación en nuestras ciudades. Asistimos a la pérdida del trabajo registrado y el consecuente crecimiento del trabajo precarizado o cuentapropista sin ninguna cobertura social. Muchos hermanos y hermanas intentan algún

¹ *Documento para el camino*, 12.

trabajo con programas o ayudas del Estado. Más allá del tratamiento despectivo de algunos sectores, e incluso de las deficiencias que eventualmente pudiera haber en su aplicación, estas políticas para el desarrollo social representan un alivio para la población más pobre. Anhelamos que esta realidad pueda madurar hacia trabajo efectivo para tantas familias que lo esperan, como de hecho sucede ya en distintas cooperativas y emprendimientos.

- **Desigualdad en el acceso a la educación.** Niños, niñas, adolescentes y jóvenes de nuestros barrios están atravesados por el desigual acceso a este bien público. Las escuelas de gestión estatal sufren el deterioro de sus edificios o el padecimiento de sus docentes por los magros salarios. Los docentes de las escuelas de gestión privada no escapan a estos salarios escasos pero, en general, se encuentran con una infraestructura que les permite realizar mejor a su tarea. Sin querer oponer la una a la otra, necesitamos pensar el acceso a la educación desde los más pobres. La pandemia ha puesto en evidencia esta desigualdad en el acceso a la educación, que ya no puede ser pensada solamente como acceso a la escuela, sino también a toda una serie de bienes y recursos (la conectividad, entre los primeros lugares). A su vez, celebramos el trabajo de las universidades públicas en nuestro territorio: la Universidad Nacional de Quilmes y Universidad Nacional Arturo Jauretche, en Florencio Varela.
- **Desigualdad en el acceso a la salud.** Si bien el sistema de salud pública es un bien inestimable en nuestro país, su deterioro en el tiempo es innegable. Los pobres de la Diócesis hacen largas colas en los hospitales públicos que no dan abasto en su atención. Los adultos mayores son quizás los que más sufren en esta espera inhumana para su edad. A su vez, tampoco es fácil acceder a los medicamentos ni a los tratamientos necesarios, o de hacerlo a tiempo. Las clínicas privadas, que atienden las diversas obras sociales, no siempre ofrecen la atención que publicitan. Celebramos el heroico desempeño del personal de los Hospitales de cada distrito y la bendición que representa el Hospital de Alta Complejidad del Cruce Varela.

Sin «tierra, techo y trabajo», derechos sagrados para todo ser humano, se ahonda el anhelo de «otro mundo posible» donde a nadie la falte el acceso a la mesa de la vida con tierra donde habitar, una casa digna donde vivir y un trabajo para ganarse el pan y celebrar la fiesta.

Sin estos dones no es fácil acceder a la educación necesaria para los hijos e hijas. Las familias más pobres tienen que atender a la necesidad inmediata del pan de cada día y, con frecuencia, queda lejos el acompañamiento en el orden educativo o aparece la sombra de la falta de escolaridad.

Sin estos dones, la salud —que entre los pobres suele decirse «es lo primero»— queda relegada a los últimos lugares. Los padecimientos de las familias más necesitadas se acumulan sin recibir respuestas adecuadas. Hasta en la hora de la muerte se vive esta desigualdad. No es fácil para los pobres conseguir el dinero necesario para enterrar a los suyos, por ejemplo, y la atención en los cementerios —municipales o privados— es atravesada por las lógicas de quién puede pagar un servicio y quién no.

Por último, nos parece también importante dedicar un párrafo al acceso a la cultura y a los bienes del esparcimiento y el tiempo libre. También aquí la desigualdad hace lo suyo. No es el mismo punto de partida el que disponen los más pobres que aquellos y aquellas cuyas vidas están cubiertas en sus necesidades básicas y más. ¿Cómo llegar con estos bienes a todos y todas sin excepción?

En medio de esta desigualdad, propia de una «cultura del descarte» que cosifica a la persona y la valora solo por su capacidad económica y de producción, nos alienta el testimonio de comunidades cristianas (católicas y de otras iglesias), organizaciones barriales y movimientos sociales, con su trabajo en las zonas más marginales. Nos alienta también la red de voluntarias y voluntarios que organizan y sirven en comedores y ollas populares, en la asistencia de niños, niñas y adolescentes, en el acompañamiento de adultos mayores. Y cómo no destacar a nuestros servidores y servidoras de Caritas, que ofrecen una caricia de solidaridad en esta realidad injusta, además de tantos servidores y servidoras que se organizan de distintas maneras: desde su espacio político, desde el club del barrio, desde su cooperativa, desde la sociedad de fomento o de manera espontánea. Son servidores y servidoras que no ocupan páginas de diarios ni espacios en los medios, pero con su trabajo nos recuerdan que a fuerza de amor podemos pensar ese «otro mundo posible».

Con frecuencia, son los mismos pobres quienes llevan adelante y sostienen en el tiempo todas estas iniciativas. Si hay algo que aparece con nitidez en los barrios más humildes de nuestra Diócesis es el sentido de la fiesta y el valor de la esperanza, aún en medio de las dificultades que la desigualdad trae consigo.

Para el diálogo en comunidad

¿Cómo describirían esta situación de desigualdad en el barrio?

¿Qué estamos haciendo por ese «otro mundo posible»?

¿Qué podemos hacer, como comunidades cristianas, por una mayor justicia en nuestra realidad más cercana?

Esperamos ►
sus respuestas

2. La violencia y la cultura de la paz

Nuestro mundo y, en particular, nuestra realidad latinoamericana más cercana, están marcados por la violencia. El *Documento para el camino* de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe señala con toda claridad:

En América Latina y el Caribe se observa un aumento de la violencia en los diversos ámbitos de la sociedad, ejercida por grupos armados y que crece vinculada con el crimen organizado y con las diversas mafias. A escala mundial, nuestra región es la que posee la cifra más alta de ambientalistas asesinados. Los conflictos mineros han aumentado mucho, incluidos los que están causados por la minería informal y por el petróleo, así como por la expansión de las agroindustrias. También en muchas ciudades se elevaron los niveles de agresión, de violencia en el tráfico vehicular y especialmente la violencia intrafamiliar durante el confinamiento causado por la pandemia, en el que muchos menores y mujeres quedaron indefensos y sin ayuda de ninguna clase. De modo realmente alarmante aumentó la violencia contra las mujeres de diversas culturas y sectores sociales, que son víctimas de múltiples injusticias, actos violentos y abusos que llegan hasta el feminicidio.²

Tan profundamente han impregnado la vida social estas múltiples manifestaciones de la violencia, que llegamos a naturalizarlas: las consideramos «naturales»; algo que está allí y que siempre ha estado; algo que forma parte de la «normalidad cotidiana», ante lo cual nada se puede hacer. En su extremo, la violencia está tan naturalizada que se vuelve invisible: ni siquiera la vemos y reconocemos como violencia.

Para verla, hace falta detenerse. Revisar gestos, acciones, palabras, imágenes, comportamientos y prácticas familiares, laborales, sociales... que recorren nuestro vivir cotidiano.

La violencia puede tener muchos «rostros». Algunos son más visibles y brutales (como la agresión física o el insulto); otros, más ocultos y silenciosos (como los prejuicios sobre grupos sociales o la imposibilidad de acceder a bienes

² *Documento para el camino*, 15.

y servicios básicos en una sociedad). Todos son, de un modo u otro, rostros de la violencia que nos atraviesa y nos habita. Podemos reconocer algunos:

- **Violencia física, sexual y homicida:** es una manifestación más visible del acto violento que traspasa el límite de las palabras y se convierte en acción directa sobre el cuerpo de la otra persona. Son golpes, maltratos físicos, cosificación sexual de la persona (muchas veces disfrazados de «piropos»), abusos sexuales de todo tipo (desde la exposición y el manoseo en la vía pública hasta la violación o la explotación sexual en redes de trata de personas)... hasta llegar a la mutilación y el asesinato.
- **Violencia verbal** (toda palabra que insulta, agrede, humilla) **y psicológica** (cualquier comportamiento —palabras, gestos, miradas, acciones— que hiera emocionalmente a la otra persona y la deja en una situación de desprotección, invalidez o disminución de sus capacidades: el abandono, el descuido reiterado, el rechazo, las humillaciones o comparaciones destructivas, la invasión de la privacidad e intimidad, la limitación de su libertad, por ejemplo).
- **Violencia simbólica o cultural**, expresada en imágenes y representaciones en las que personas o grupos enteros son humillados (los apodosos humillantes para hablar de personas extranjeras, por ejemplo), estigmatizados (la creencia de que todos los criminales son morochos, por ejemplo), discriminados (la marginación de personas o grupos en razón de su apariencia física o alguna condición de vida, por ejemplo), o sometidos (la creencia de que la mujer es inferior al varón, por ejemplo, justifica el sometimiento laboral en puestos secundarios o con sueldos más bajos).
- **Violencia laboral, económica, política, institucional:** es decir, las prácticas y comportamientos que, en nuestras sociedades, dificultan, limitan o directamente impiden a personas o grupos el acceso a bienes o derechos en igualdad de condiciones. Los ejemplos se multiplican en este caso. Por citar solo uno, todavía hoy en nuestras sociedades las mujeres —por el solo hecho de ser mujeres— tienen más dificultades que los varones para acceder a trabajos de prestigio y cargos de conducción o, sencillamente, para recibir el mismo salario que un varón en el mismo puesto.

Por supuesto, estos son sólo algunos «rostros» de la violencia y, con frecuencia, se dan juntos. La violencia laboral, por ejemplo, suele ir acompañada de violencia verbal (humillación) o psicológica (provocando angustia extrema en algunos casos). La violencia simbólica (por ejemplo, la que sufren extranjeros o minorías étnicas) está a la base de violencias políticas (ausencia de representación de estos grupos en la vida institucional de una sociedad) y llega a justificar y provocar la violencia física (hasta el asesinato o el exterminio en algunas situaciones).

Todas estas formas de violencia atraviesan nuestras sociedades. Se dirigen contra diversos grupos y personas, algunos con mayor frecuencia que otros. Podemos señalar algunos:

- la violencia contra extranjeros (xenofobia) y migrantes;
- la violencia contra grupos de edad vulnerables (niñas, niños, adolescentes, ancianas y ancianos);
- la violencia contra los pobres (aporofobia), sectores vulnerables («morochos», «villeros») o minoritarios (la invisibilización de la población «negra», o afroamericana, en Argentina y la situación de los pueblos originarios o indígenas son algunos ejemplos);
- la violencia contra personas o grupos sociales en razón de su identidad de género o su orientación sexual, es decir, la violencia padecida por personas homosexuales, bisexuales, transexuales, travestis, etc.;
- la violencia contra las mujeres que representa, por su difusión e impacto, una de las formas de violencia más extendida y uno de los delitos más alarmantes de nuestro continente, hasta llegar al feminicidio. En los últimos años mucho se ha avanzado en la toma de conciencia sobre la violencia ejercida contra las mujeres de todas las edades, pero aún queda mucho camino por recorrer para evitar el sufrimiento y la muerte que tantas de ellas padecen. En particular, parece urgente mirar de frente las muchas formas de violencia (física, verbal, simbólica, laboral, institucional, etc.) que, aunque invisibles o disimuladas, están presentes en nuestras culturas machistas o patriarcales, y
- la violencia implicada en la «trata de personas», con sus delitos conexos. Esta realidad merece un párrafo aparte, por las muchas formas de violencia que implica (secuestro, privación de la libertad, reducción a la esclavitud, maltrato físico, sometimiento a condiciones de vida inhumanas, explotación sexual, etc.) y por la condición vulnerable de sus víctimas (mayoritariamente mujeres y personas menores de edad). Es quizás una de las mayores manifestaciones de la violencia brutal y perversamente organizada. Son muchas las personas desaparecidas y enredadas en este submundo de oscuros negocios.

Como es de esperar, todas estas violencias «se acumulan». Hay personas y grupos sociales enteros que sufren múltiples formas de violencia por múltiples motivos diversos. Así, por ejemplo, si toda mujer está continuamente expuesta a situaciones de violencia, es mucho mayor la carga de violencia padecida por una adolescente madre soltera, de tez morena, que nació y vive en una «villa miseria». Sin embargo no existe una «escala objetiva» para medir la violencia (tal persona o grupo sufriría «más» violencia que otra/o, por ejemplo), y toda vio-

lencia, por pequeña que parezca, debe ser tratada como aquello que es: una situación de inhumanidad que reclama humanidad. En definitiva, toda persona víctima o sobreviviente de violencia, en cualquiera de sus formas, es siempre portadora de esa inalienable, intocable, sagrada dignidad humana.

Para el diálogo en comunidad

¿Qué formas de violencia podemos reconocer en la realidad que nos rodea? ¿Cuáles son las situaciones que nos resulta más urgente atender?

¿Qué estamos haciendo en relación a ellas?

¿Qué acciones creemos que se pueden proponer para generar una cultura de la paz y del cuidado, que responda al desafío de la violencia?

Esperamos ►
sus respuestas

3. Los gritos de nuestra tierra y el cuidado de la casa común

Leemos en el *Documento para el camino* de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe:

En la pandemia se ha manifestado con mucha claridad que no es posible tener una vida sana en una tierra enferma, tan expoliada y ecológicamente cada vez más dañada y desequilibrada, donde además el cambio climático está avanzando a un ritmo acelerado. Como consecuencia, en algunas regiones aumentan cada vez más los desastres naturales. Los pobres y más vulnerables, particularmente mujeres, niños, niñas y ancianos, son los más afectados, pues su vida y salud corren peligro. Muchos pobres son despojados de todo lo que tienen y forzados a vivir en la miseria. Como discípulos misioneros estamos llamados a escuchar el grito de los pobres y el clamor de la tierra.³

Nuestra Diócesis se ubica al sur del Conurbano bonaerense. Está constituida por áreas urbanas de gran densidad de población, zonas suburbanas de crecimiento acelerado y áreas casi rurales que conservan el paisaje y la dinámica de nuestro Interior. Si las miramos a la luz de la encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco y su llamado al cuidado de la tierra, nuestra «casa común», podemos describir algunas preocupaciones:

- Muchas de nuestras barriadas han experimentado un **creciente ritmo de urbanización** —planificada y no planificada— en terrenos no aptos (márgenes de arroyos, área costera o los espacios rellenados, con contaminación circundante, sin servicios básicos: agua, cloacas, recolección de residuos). La realidad ambiental resulta compleja y delicada.
- Los **arroyos y cursos de agua** que atraviesan los tres partidos, además del Río de la Plata, están saturados por los vuelcos ilegales (papeleras, metalúrgicas, fábricas de baterías, curtiembres, frigoríficos, etc.) y efluentes cloacales sin tratamiento alguno. Muchos son riachos sin vida acuática y con olores nauseabundos.

³ *Documento para el camino*, 14.

- Las **aguas del Río de la Plata** que bañan las riberas de Quilmes y Berazategui están altamente contaminadas. No pueden ser usadas ni para bañarse en ellas, ni para el consumo del pescado.
- Muchos de nuestros hermanos y hermanas padecen la problemática de los **residuos domiciliarios**. Son comunes los basurales a cielo abierto o «micro basurales», que generan gases, olores nauseabundos, proliferación de roedores y distintas alimañas, y que envenenan las aguas subterráneas. A su vez, son muchos los **«cementerios» de autos y motos** que generan chatarra que degradan y contaminan el suelo, el aire y el agua con efectos sobre flora, fauna y seres humanos.
- Las **tosqueras abandonadas**, que degradan la tierra y contaminan las aguas subterráneas por el vertido ilegal de residuos, son un peligro para muchas personas de nuestros barrios, en especial para niños, niñas y adolescentes, por la falta de señalización y servicio de vigilancia.
- El **uso de PCB en transformadores eléctricos**, así como el emplazamiento de **subestaciones** en nuestros centros urbanos, genera un incremento de la contaminación electromagnética en nuestros vecinos.
- Los **emprendimientos inmobiliarios** destinados a unos pocos ponen en peligro los bienes y los servicios de la naturaleza que benefician a todos, como el desmonte de la selva marginal costera y de los humedales en la zona ribereña. Somos conscientes que se trata de una área de gran importancia ambiental en la que se recarga el acuífero Puelche, la reserva de agua potable más grande de la región.
- El «boom inmobiliario» con una **proliferación de torres en nuestros centros urbanos** modifican el rostro y la estructura de nuestras ciudades y generan un sinnúmero de dificultades por su impacto ambiental.

Hoy más que nunca nuestras comunidades de discípulas y discípulos misioneros están llamadas a vivir, junto con nuestros pueblos, la conversión ecológica para apreciar el don de la creación, «sabiéndola contemplar y cuidar como casa de todos los seres vivos y matriz de la vida del planeta».⁴

Celebramos la lucha de asociaciones vecinales y ambientalistas que se movilizan ante todas estas problemáticas y nos ayudan a la conciencia sobre los efectos en la salud de la contaminación ambiental.

Celebramos todas las acciones públicas de los gobiernos locales en favor de nuestra «casa común»: la creación de plantas de tratamientos de residuos urba-

⁴ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida*, 474a.

nos, las obras públicas de tendido de red de agua y cloacas, los planes municipales de reciclado, los procesos de saneamiento de los cursos de agua, la limpieza y puesta en valor de espacios verdes para la comunidad, etc.

Queremos acompañar con admiración y respeto la labor creciente de cooperativas y organizaciones de recuperadores de residuos urbanos, que además de reducir significativamente la cantidad de basura, permiten el sustento de muchas familias.

Queremos destacar el trabajo de universidades públicas y privadas, de institutos superiores de profesorado y de centros educativos en general: verdaderas «usinas» de proyectos de investigación, de concientización ambiental y de propuestas creativas y situadas para abordar la crisis socioambiental.

Somos conscientes, por último, de que el clamor de la tierra y el clamor de los pobres están inseparablemente unidos. La llamada a trabajar por una tierra más sana y saludable es inseparable de la llamada a trabajar por una tierra más justa y más humana. Por eso, «debemos dar gracias a Dios por el don de la creación, por la biodiversidad y sociodiversidad que brotan de ella, su capacidad de generar vida; pero también debemos protegerla», privilegiando a los pueblos y sectores más vulnerables.⁵

Para el diálogo en comunidad

¿Cuáles son los gritos de los pobres y los clamores de la tierra que escuchamos cerca de nuestra comunidad, en los barrios donde vivimos y trabajamos? ¿Podríamos animarnos a indicar alguna de sus causas?

¿Qué lugar tienen estos gritos, estas problemáticas, en la vida y la misión de nuestras comunidades (en la predicación y la catequesis, en la animación de la solidaridad, etc.)?

¿Con qué iniciativas podríamos sumarnos, desde nuestras comunidades cristianas, al cuidado de la «casa común»?

Esperamos ►
sus respuestas

⁵ Documento para el camino, 56.

Sugerencias para nuestros encuentros comunitarios

Los contenidos de este cuaderno están pensados para ser trabajados por las comunidades en uno o más encuentros a lo largo del mes de agosto. Cada comunidad, de acuerdo con sus posibilidades, puede elegir trabajar con uno o más de los temas presentados y hacerlo del modo que encuentre más apropiado. Estas páginas contienen simples sugerencias para incentivar la creatividad.

- Comenzamos el encuentro con un **canto** (por ejemplo, el Himno de nuestro tercer Sínodo [[escuchar](#)]). Durante el canto, ponemos la **Biblia abierta** en un lugar destacado, en el centro, señal de que nos reunimos en nombre de Jesús y a la luz de su evangelio.

- Leemos: **Evangelio según san Marcos** 6, 30-34 (o algún otro pasaje adecuado) y, después de una breve pausa de silencio, rezamos juntos la **oración del tercer Sínodo diocesano** (al final de este cuaderno).

- **Presentación del tema.** Escuchamos los aportes a la reflexión sobre el tema elegido (pág. 4-13), del modo que más ayude a nuestra comunidad; por ejemplo:
 - Algunas comunidades podrían leerlo juntas, cambiando de voces después de dos o tres párrafos.
 - Otras comunidades pueden elegir de antemano a alguna persona que presente el tema de un modo creativo (uso de imágenes, carteles, proyecciones, etc.).
 - Otras comunidades tal vez prefieran distribuir el material con tiempo, para que cada persona pueda traerlo ya leído al encuentro. En la reunión, una persona designada de antemano hace una breve síntesis (para recordar los distintos aspectos tratados y quizás ofrecer una mirada de conjunto a quienes no pudieron leerlo en profundidad).

- **Diálogo en comunidad.** Terminada la lectura, dialogamos a partir de las preguntas que aparecen al final de cada tema.

Es importante que todas las personas presentes puedan tener la oportunidad de expresarse libremente, sin que nadie monopolice la palabra ni entre en polémica con lo que otra persona ha dicho. Sería bueno, entonces, que una persona coordine este momento y esté atenta a los tiempos de cada intervención (se puede fijar de antemano un tiempo límite dependiendo del número de personas reunidas). A su vez, si la comunidad es muy grande (más de 15 personas), conviene subdividirse en grupos más pequeños (7-10 participantes).

La última pregunta de cada sección apunta a la acción: mirando a nuestro pueblo, a la luz del evangelio, ¿qué podemos aportar las comunidades cristianas? Es importante dejar un tiempo suficiente del encuentro para dialogar sobre esta pregunta. Si el tiempo restante es poco, tal vez sea mejor prever un nuevo encuentro comunitario.

La Comisión Sinodal espera nuestras respuestas a esta última pregunta, como aporte para el camino sinodal de toda la Diócesis. En cada comunidad, será bueno designar a una persona para recoger y enviar las conclusiones. Las respuestas serán recibidas exclusivamente hasta el día 11 de septiembre, a través del correo electrónico (tercersinodoquilmes@gmail.com) o usando [este formulario](#).

- Sería bueno concluir el encuentro con **un canto y una oración**, dando gracias por el camino compartido y pidiendo por toda nuestra Diócesis en su camino sinodal.

Oración por nuestro tercer Sínodo diocesano

Querido Padre Dios:

Nos has convocado a «caminar juntos, juntas»
en esta porción de tu Iglesia
que es la Diócesis de Quilmes.

Ayudanos con tu gracia a mirar en tu pueblo:
sus alegrías y esperanzas,
sus tristezas y angustias.

En tus manos ofrecemos
la preparación y la celebración
de nuestro tercer Sínodo diocesano.

Queremos ser la Iglesia que soñó Jesús:
samaritana, cordial, solidaria
y en búsqueda de la justicia y la paz,
especialmente con los más pobres,
abrazando misericordiosamente a todos.

Que tu Espíritu Santo nos convierta en «Iglesia en salida»
y nos lleve a las periferias «geográficas y existenciales»
de Florencio Varela, Berazategui y Quilmes,
como nos pide el Papa Francisco.

Allí vamos junto a la Inmaculada Virgen María,
patrona de nuestra Diócesis.
Amén.